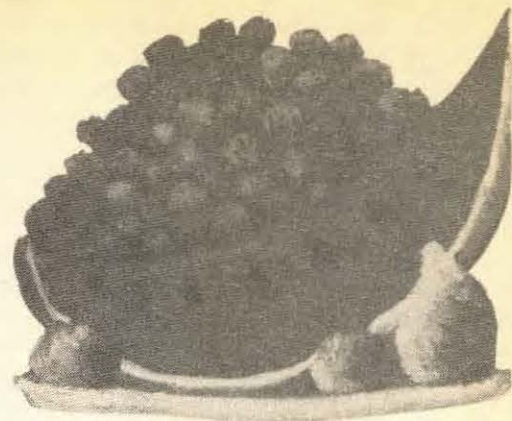

La vida a cuadros

Carlos Monsiváis



La serenidad de la pintura de Olga Costa, esta suavidad donde el matiz concentra la energía, se desprende de un temperamento educado en la contención, en la asimilación rápida y generosa de la violencia histórica, en el humor finísimo que ni es ni deja de ser un juicio tajante sobre lo que la rodea. Olga es inequívocamente de izquierda, pero no le interesa “comprometer” su obra, y se mantiene a distancia de los Grandes Temas y las Alegorías Emancipadoras, fiada en los poderes y en la falta de poderes del arte, en la aventura mínima y máxima de cada cuadro, de cada dibujo. Ni mensaje ni falta de mensaje. Ni intensidad declamada ni ausencia de intensidad. Olga cree en la “coexistencia pacífica” de estilo y concepciones pictóricas, y para probarlo en su vida cotidiana, en 1935 se casa con el pintor José Chávez Morado, radical, miembro durante décadas del Comité Central del Partido Comunista Mexicano. (La armonía, en el caso de esta pareja, tiene mucho que ver con la complementación artística.)

Olga empezó a pintar cuando los méritos del paisaje parecían confiscados por la academia y no le dio importancia a tal requisa, ni se ocupó de corrientes en boga o fenómenos ajenos al hecho mismo de pintar. Más bien, y sin hacer de esto una tendencia, se dedicó a explorar situaciones y convicciones populares, escenas, coloridos, fantasías dolidas y humorísticas.

Las flores siguen creciendo en el papel y los colores son una conspiración al descubierto para adueñarse de espacios cedidos al blanco y al negro. En el horizonte de formas de Olga Costa conviene respetar lo que allí se indica: certezas de que el color también es audible, concentración en las manifestaciones orgánicas, atención al detalle irrepetible en un paisaje a una hora dada, visiones de la figura femenina ni simbólicas ni dóciles, sino silencios alternados con vislumbramiento del relámpago, perpetua metamorfosis de los panoramas en estados de ánimo, y de los estados de ánimo en sugerencia del matiz apropiado para este color en este instante.

Como muy pocos antes, Olga asimiló con rapidez rasgos esenciales de la cultura visual de su país de adopción y los desplegó gozosamente para no mitificarlos. Ella desde hace décadas entendió algo que apenas hoy se comprende: gran parte de la riqueza de los símbolos populares (no religiosos) radica en su condición efímera y cambiante.

Olga se inclina por los paisajes, las naturalezas muertas, las experimentaciones cromáticas, las geometrías que rehacen frutos y paisajes, la indistinción entre realismo y composición abstracta, la mujer como afirmación de la vitalidad sin jactancia. Se canjea el humor por una serenidad siempre maliciosa y lo vital es producto de la educación de los sentidos. Olga perfecciona su oficio, se esmera, hace gala de enormes recursos y se repliega en la humildad que es lujo de la técnica y del instinto pictórico.

La maestría técnica de quien duró apenas unos meses en sus “estudios formales” impide que uno dé por visto un cuadro de Olga Costa, porque al pintar de manera abierta, ella renuncia a la sorpresa y a la repetición, al estilo fijo y a la experimentación despiadada. Una gran colorista, sin duda, pero también alguien que medita sobre el sentido mismo del paisaje, sobre los vínculos del paisaje con nuestra educación sensorial y sentimental.

Nada se repite, salvo el asombro ante lo irrepetible. Olga comprende al ser humano, porque ha dividido el paisaje en notas, vetas, apuntes, alteraciones y ha encontrado en la fragmentación el sentido de la unidad profunda de la mirada, en donde se originan los primeros vínculos del ser con la realidad. ●

Fragmentos del texto de inauguración de la exposición de Olga Costa en Guadalajara, Jalisco, en la Galería Alejandro Gallo, 1988. Tomado del libro *Olga Costa, Exposición-Homenaje*, editado por el Festival Internacional Cervantino, pp. 34-37. Se reproduce con la autorización del autor.